

Mi amigo se detuvo como si los pulmones se negaran a servirle. Aspiró grandes bocanadas del aire puro de la huerta. Se limpió la frente, y prosiguió:

—Mi madre no pudo resistir a su afrenta y murió a las pocas horas en una espantosa crisis de asco. Parecía querer vomitar las entrañas.

Mi padre, como si contuviera el corazón entre las manos, soportó su dolor en silencio. No lloró, siquiera. Pero los ojos se le hincharon, prontos a reventar en lágrimas.

Durante el resto de la noche y el día siguiente, mientras se velaba a la muerta sin que el vecindario se hubiera percatado de toda la magnitud de la tragedia, mi padre, arrastrando sus muletas, iba de un lado para otro y daba órdenes a Tomás. El negro reía ferozmente.

Por más de dos horas se oyeron golpes de martillo. Era Tomás (herrador en su juventud, cuando mi abuelo le tuvo en su hacienda de Tambo), que forjaba algo en el yunque del corral. Luego la casa volvió al silencio.

Mi padre, entretanto, limpió minuciosamente su revólver, ese magnífico Lafouchaisse que usted examinaba hace un rato.

Después esperaron con una tranquilidad que daba frío.

A la misma hora de la víspera, regresó el teniente para repetir su hazaña, ignorante de la muerte de mi madre.

Al ruido de las pisadas en el patio, mi padre tuvo un acceso de alegría demente.

El negro se colocó a un lado de la puerta, donde no fuera visto. Mi padre esperó a pié firme en el fondo de la habitación, frente a la puerta.

Entró el teniente, ufano, victorioso. En pos de él, el ordenanza, como su sombra.

Siñ darles tiempo para nada, mi padre disparó con mano firme, segura, sobre el ordenanza. El bandido rodó por el suelo hecho un ovillo, con la frente partida en dos. El teniente, cobarde, intentó escapar, pero el negro le cerró la retirada. El viejo esclavo recuperó por unos instantes todo el vigor de su mocedad. Y sus brazos, como una argolla de acero, sujetaron constrictores a Silva, que temblaba babeando de impotencia y terror.

Desde la época del famoso Dean Valdivia, gran amigo de mi abuelo, hay en casa un escondrijo subterráneo, absolutamente secreto, donde el cura revolucionario se refugió más de una vez para salvarse de sus perseguidores. Es un escondite tan admirablemente construido, que ni hoy mismo es fácil descubrirlo. En él metieron, amordazado, al teniente, poniéndole al pescuezo un collar. El que forjó Tomás durante el día en el yunque del corral.

—Matazlo? No!—decía mi padre.—A estas fieras no su les mata: se les guarda.

Luego arrojaron el cadáver del ordenanza a la acequia que pasa por la huerta, allí, atrás, lamiendo las raíces de la higuera. Y a poco la torrentera arrastraba un cuerpo informe, hinchado, remojado, podrido.

Tres veces de noche, por sorpresa, fuerzas chilenas de policía entraron en casa y buscaron por todos los rincones. Torturaron a mi padre. Al pobre Tomás le hicieron morir en el famoso "cepo volador", con dos fusiles sobre la nuca. Los setenta años del negro no resistieron más, y la espina dorsal se le quebró como vidrio.

Cansados de sus inútiles pesquisas, los chilenos acabaron por dejarnos en paz. El paradero del teniente Silva siguió siendo un misterio.....

Pero al teniente Silva le tiene usted allí.....

Y mi amigo me señaló la perrera.

Luego, chasqueando los dedos, llamó:

—Aquí, teniente Silva!

En cuatro pies, babeando, con el uniforme de teniente de artillería del ejército de Chile, salió de la perrera, dócil a la voz del amo, un hombre que ya no era propiamente un hombre, de unos sesenta años, grueso, gruñendo, con un collar de hierro al cuello. Habría meneado la cola de haberla tenido.

Mi amigo me dijo.

K O L L L I

Días negros qué lejanos de la vida
sin un grito ni un gesto cómo nacen los odios
Esperanza vencida
estás tan lejos del destino!
Emoción de lo perdido
tan lejana del tiempo

Por el largo sendero de estos días
el alma es un surco para los odios
Me han negado la vida
¡qué cirios alumbraran cuando me dió mi madre!

No creo en tí
LIBERTADORA MÁXIMA

Tu quietud
a penas
es un MITO

en tanto hollar las sendas no he encontrado
un árbol
un río
una cabaña
Pálida de hastío
el alma anda sin ruido por la alcoba apagando los cirios
En las tardes de sangre quise llenar de amor los horizontes

Un día soltaron el ancla en el puerto brumoso
la voz de un marinero se despidió del mar
No era puerto de olvido
más bien trataba de mirar todos los puertos
a su playa llegaban visiones de proas
en todos los mares

PUERTO EXTRAÑO MUDO
EXTATICO
INFINITO

Los barcos que te han hecho guijarro de su ruta
la han perdido
y los hombres se avientan arenal adentro
lejos del mar los que vinieron de sus islas

EMILIO ARMAZA.

—Mire cómo se ha vuelto manso el feroz artillero de 1882. El repasador de heridos de Miraflores y Chorrillos. Mírelo cómo ha aprendido a lamerme los zapatos. Este idiota después de cuarenta años de cadena.....

E interrumpiéndose bruscamente, me soltó a quemarropa esta pregunta:

—Sabe usted a quién habría querido ponerle collar?

Y en seguida, sin esperar que yo dijera nada, con voz pastosa y lenta se respondió a sí mismo:

—¡A Lynch!

MIGUEL A. URQUIETA.

La Paz, 1926.